

SOR MARÍA DEL CALVARIO

Abadesa de las Agustinas

+ 18 de Septiembre de 1947

Pocas veces el nombre ha sido un augurio tan exacto de una vida, como lo fue en la santa Abadesa de las Agustinas, Sor María del Calvario, desde el día de su profesión religiosa hasta el día de su muerte, el 18 de Septiembre último.

Sor María del Calvario había de recordar en su Comunidad a aquella que todas llamaron a una voz, su Madrecita, Sor María de Jesús Crucificado; ya había de ser continuadora de su obra; dos Abadesas, la santa madre, y la hija predilecta e imitadora de sus virtudes; ambas habían de ser reelegidas siete veces; ambas morir poco después de su última elección y entre ambas llenar casi 50 años de la vida de tan glorioso Monasterio, el primer Convento de Monjas que hubo en Chile, y cuya historia se confunde con la de esta ciudad de Santiago, porque nacieron casi a un tiempo; siendo el primer claustro chileno desde donde se elevaron al Cielo las alabanzas de las esposas del Señor, atrayendo las bendiciones de Dios sobre la ciudad y sobre la patria y desagraviando al Señor por lo pecados del mundo, implorando Misericordia para los pecadores.

Si la Madre María de Jesús Crucificado pudo desarrollar su obra en ambiente de paz, de amor, de abundancia, de consuelos inefables, y recogió durante su larga vida el fruto precioso de su intensa labor sobrenatural en su familia religiosa; Sor María del Calvario, debió desenvolverse en un ambiente de lucha, de sacrificio, de contradicciones y amarguras, "juxta crucem".

Al comenzar su gobierno tuvo que afrontar la inmensa obra ya comenzada de la construcción del nuevo templo y Monasterio de su Orden, con las infinitas molestias, preocupaciones y dificultades casi insuperables, que sólo su gran talento y su gran carácter y su abnegado sin límites de las horas y de los días y de los años, fueron capaces de llevarla a su espléndido éxito alcanzado, y dar así a su Comunidad y a Santiago un templo, como quizás no hay otro tan perfecto y acabado como obra de arte, en su conjunto y en sus detalles, entre las iglesias de Chile.

Y esa perfección fue obra suya, personal, de su dirección, de su vigilancia, de su estudio, de su control, de su corazón, y sobre todo, de su celo ardiente por el decoro de la Casa del Señor; "he amado la hermosura de la Casa del Señor y del lugar de su morada", pudo decir con el salmista. Pero, ¡sólo Dios sabe cuántas noches sin dormir, cuántas contradicciones dolorosas, cuántos esfuerzos de su espíritu, cuantas dificultades económicas y de todo género, cuántos malos ratos que pasar y con cuánta paciencia! ¡Qué cruz tan pesada fue para ella la realización y terminación del templo y monasterio, y que bien lo hizo todo! ¡Y con cuánta constancia permaneció como María del Calvario, "juxta crucem"!

Pero para llevar a cabo tan grandes empresas los recursos del Monasterio se habían agotado; y le fue menester reconstruir la vida económica de éste. Fueron también largos y duros años para ella, en los que llevó toda la carga y la responsabilidad, y en esta ingrata tarea, orando y sufriendo, “juxta crucem”, logró también la victoria; y pudo dar a su familia religiosa los medios necesarios, el culto divino su antiguo esplendor y magnificencia y a la caridad sus larguezas entre las cuales debemos contar la cesión de una parte del Convento, las religiosas Ursulinas cuando llegaron de Alemania, para poner ahí su Colegio, y las condiciones muy favorables para la Escuela de Servicio Social “Elvira Matte de Cruchaga” en la espléndida Casa que ocupó la Nunciatura Apostólica.

Para un alma contemplativa y amante fervorosa de Dios como la suya, el trabajo material y en contacto continuo, que éste impone, con el mundo, es uno de los martirios más penosos, que sólo el amor a la Divina Voluntad puede hacer soportable. Y aquí también nuestra Madre María del Calvario, con paciencia contante supo sobrellevar su Cruz, “juxta crucem”.

Pero, en medio de estas tareas tan penosas, en cumplimiento de su deber de Madre durante los 22 años de su gobierno, consagró a sus hijas todas las ternuras de su corazón y todas las abnegaciones de sus días y de sus noches, como la parte principal de su misión y de su deber de estado, pero tuvo también que beber en su desempeño el cáliz de las más crueles amarguras del Calvario. No fue siempre comprendida; y su conciencia, extremadamente delicada, y su corazón extremadamente tierno, le ocasionaron las horas más dolorosas de su gobierno; permaneciendo sin embargo inquebrantable en la Cruz de su deber, “stabat juxta crucem”.

Pero más aún. Su gran concepto del estado religioso y los anhelos de santidad que inflamaban su alma, la hacían desearla, para sus hijas y para ella, hasta la mayor altura posible de su sublime vocación de esposas de Jesucristo. Pero, ardua es la ascensión al “sed perfectos como nuestro Padre Celestial”, prolongada y heroica, en la que las almas más fuertes desfallecen; y han de recomenzar muchas veces la conquista de las cumbres.

¡Cómo sufría y cómo se humillaba, al creerse como todas las almas santas tan distante del divino ideal. Al abrirme su corazón sobre este punto, la ví llorar muchas veces, hasta pocos días antes de su muerte, juzgándose culpable de no lograr alcanzarlo cual lo veía y los deseaba, pero dispuesta a hacer y sufrir cuánto fuera menester para santificarse y santificar más aún a su amada Comunidad y verla crecer y dilatarse en número y subir a las más alta elevación espiritual posible. Si fue éste el constante y supremo dolor, creyendo humilde y sencillamente que ella era un obstáculo para alcanzarlo, “stábat juxta crucem”.

La Cruz del Calvario fue la gracia divina de su vida religiosa y de su largo y fecundo gobierno, y ahora es su gloria.

“Per crucem ad lucem”, ¡del Calvario al Cielo!

¡Guarden reverentes sus hijas esta suprema y tan preciosa lección de su amadísima y santa Madre!
